

Metáforas del desarrollo

Jorge Ruiz Dueñas ■

Kande Mutsaku, *Desarrollo y liberación. Utopías posibles para África y América Latina*

La reciente obra de Kande Mutsaku, *Desarrollo y liberación. Utopías posibles para África y América Latina*, estimula el replanteamiento integral de temas cuya conexión obligan a considerar de manera integral las posibilidades de un pensamiento que revise las formas y causas del desarrollo a partir de una matriz histórico cultural, alejada de los planteamientos hegemónicos, geocéntricos y etnocéntricos de Occidente.

Crecimiento y desarrollo

Con frecuencia se insiste en la distinción entre crecimiento y desarrollo, porque la confusión de los conceptos enmascara las penurias de las mayorías. El crecimiento se refiere a la eficiencia productiva, a la capacidad de elevar los rendimientos de una economía nacional, pero no otorga prioridad a indicadores sobre la distribución de esa renta ni los beneficios que los individuos logran a partir de tal expansión. El verdadero desarrollo atiende a la equidad social que suele, con desatino, considerarse ajena y hasta irreconciliable con el crecimiento, aunque no se da sin el sustento del producto nacional. Así, la vieja cuestión de para qué se crece y quiénes se benefician de tales condiciones, sigue empañando el entendimiento del hombre de la calle sobre el discurso de los expertos en políticas públicas, tanto en África como en América Latina. La consigna de primero crecer para poder repartir ha mostrado su ineficacia política, pero hoy una legión de políticos insisten en el modelo. Lo contrario también sucede, y consiste en el populismo de izquierda o derecha, que ofrece o da lo que no se tiene.

El desarrollo tiene otras manifestaciones que reflejan procesos civilizatorios. Puede preguntarse cuál cultura preservar o qué ventajas hay en las mutaciones de identidad. La democracia política y económica como expresiones del desarrollo, llevan también aparejados procesos de igualdad y toman distancia de los mecanismos opresivos. Otras posibilidades no paramétricas de estimar el desarrollo es el papel de las minorías y la discriminación, o las garantías otorgadas a grupos amplios pero en desventaja por edad, sexo, religión u origen étnico.

Que la India, Pakistán o Filipinas tengan experiencias de mujeres jefas de gobierno, no es causa de asombro, aunque sus economías estén tan distorsionadas como la nuestra. En cambio, no hay noticia de una presidenta en los Estados Unidos, si bien, aun en las duras, se ostentan como la economía mayor del planeta. Recientemente, el Reino de Marruecos ha iniciado un cambio cultural de carácter histórico: Mohamed VI propuso reformas y busca el consenso de las fuerzas políticas, para establecer una legislación que relegue la poligamia y dé garantías a la mujer magrebí. Transformar la *mudawana*, el estatuto de la mujer, significa modernizar el país y darle una vuelta de tuerca al tradicionalismo socialmente disfuncional. Kemal Bajá Ataturk, hizo lo propio en Turquía hace más de ochenta años. Dónde, pues, radica el progreso. Podemos incluso prescindir de satisfactores artificiales del crecimiento económico, pero progresar significa ese tipo de saltos, en otros términos: evolucionar.

La negritud mexicana

Es justo reconocer el reproche del doctor Kande Mutsaku, respecto del “rechazo en aceptar el aporte hecho por los esclavos negros” a los pueblos latinoamericanos. Los efectos de la diáspora africana no han sido suficientemente reconocidos en México, aunque los estudios de la “tercera raíz” van cerrando la brecha de la ignorancia. Será necesario que a la aportación de datos siga la reivindicación y “hacer consciente a nuestra población de su herencia cultural y étnica africana”, según la antropóloga mexicana Luz María Martínez Montiel.

Los “piadosos frailes” (fray Bartolomé de las Casas, Juan Ginés de Sepúlveda y fray Francisco de Vitoria, entre muchos) que llevaron al tono de polémica el exterminio indígena, prohicieron el argumento promotor de una inhumana emigración trasatlántica que llevó a la muerte durante la travesía a dos millones de hombres y mujeres negros. De los doce o quince millones de seres humanos cazados en África por los traficantes de esclavos, no fueron pocos los que se asentaron forzosamen-

te en Nueva España. Los estudios de Gonzalo Aguirre Beltrán en el Archivo General de la Nación y en exploraciones de campo, calculan la población de la Nueva España en el siglo XVII en: tres millones de indios, casi medio millón de mestizos, 400 mil afroestizos y diez mil españoles. Su aportación a la economía novohispana fue contundente desde el siglo XVI, principalmente en trapiches e ingenios azucareros, aunque también estuvieron presentes en las plantaciones de cacao, café y tabaco. En efecto, la herencia afroestizista se ha rastreado en los estados de Colima, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, Guerrero, Oaxaca, Puebla, Veracruz, Campeche, Tabasco, Tamaulipas, Nuevo León, Estado de México y la zona metropolitana.

Por otra parte, es el caso de destacar los datos de fray Antonio Vázquez de Espinosa que estimó en 1612 para esta capital, de una población urbana de 145 000 personas, que más de 50 mil eran mulatos o negros. También las numerosas ocupaciones en la metrópoli del grupo étnico melanodermo son evidentes a partir de un somero examen del biombo Rivero Lake, como ayudantes de cajoneros, sirvientes domésticos, cargadores, cocheros, vendedores ambulantes, etc. Los estudios sobre el Mayorazgo del Mariscalato de Castilla, también confirman esta dispersión en las numerosas propiedades distribuidas en, al menos, cinco estados de la república. Más tarde, Vicente Riva Palacio en *El libro rojo* describiría la rebelión de Yanga a principios del siglo XVII en las montañas veracruzanas; notable hecho de los primeros intentos libertarios de México.

En resumidas palabras: no pueden escapar a la perspicacia del análisis histórico de los documentos fundamentales, la importancia de la población afroestizista de México. Aunque se habla de una esclavitud que en muchos casos resultó más de derecho que de hecho, y dado que los indígenas y los mestizos no eran formalmente esclavos, tan fue importante la población africana que resultó vital la bandera antiesclavista durante el episodio insurgente. Veamos algunos de estos documentos reveladores desde una perspectiva étnica plural

que, no sólo reflejan el sueño de la libertad, sino, fundamentan las afirmaciones sobre esta olvidada herencia:

a) Bando del 5 de octubre de 1810 relativo a la exención de impuestos a indios, mulatos y negros, siempre que concurren a sofocar la insurrección.

b) El bando de Miguel Hidalgo y Costilla aboliendo la esclavitud, y el pago de tributos por parte de las castas (...) En éste se establece la pena capital y la confiscación de todos los bienes a los dueños de esclavos y esclavas y a quienes los compran o vendan en lo sucesivo.

c) Cédula que faculta al virrey para permitir que nobles contraigan matrimonio con negros, mulatos y castas (18 de diciembre de 1810).

d) "Sentimientos de la Nación", fechado en Chilpancingo el 14 de septiembre de 1813 y encontrado entre los papeles confiscados a Morelos en Tlacoatepec el 24 de febrero de 1814, cuyo artículo 15 señala: "que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distinción de castas, quedando todas iguales, y sólo distinguirá a un Americano de otro el vicio y la virtud".

e) Decreto de Morelos aboliendo la esclavitud y suprimiendo las castas, fechado en Chilpancingo el 5 de octubre de 1813.

f) Manifiesto dado en el campo de San José, el 20 de julio de 1817, por el general Guadalupe Victoria a sus compatriotas. En él indica que uno de los principales motivos de la nación para dar el grito de independencia fue el justo deseo de redimirla de la dura esclavitud.

g) Manifiesto de Agustín de Iturbide y Arámbaro, fechado en Iguala el 24 de febrero de 1821, conocido como Plan de Iguala. Inicia haciendo explícito que confiere el nombre de americanos, "no sólo a los nacidos en América sino a los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen".

Dónde están, pues, todos estos moradores afroestizos. Sin duda entre nosotros. La mística indígena ha imantado el análisis de nuestro pasado histórico, pero también, es probable la hipótesis de la llamada "indianización" de los afroestizos que diluyó su expresión somática, de la misma manera

que la herencia asiática filipina. Es deseable, por ello, profundizar más en los efectos del factor religioso y las creencias animistas: Macumba, Umbanda y Quimbanda; adivinación, medicina tradicional y sincretismo; el sentimiento de culpa carnal agobiados por las tres religiones reveladas que cancelan el cuerpo en carnaval perpetuo, son muchos de los elementos explorables para dar cuenta de nuestros genes biológicos y morales.

En pos de la utopía

Pero hacia dónde nos conduce la búsqueda de estas posibles utopías que buscan el desarrollo y la liberación. Salta a la vista que toda identidad nacional refiere a ciertos usos y costumbres los cuales, una vez apreciados, de inmediato remiten a un marco más amplio: a lo invocado como una visión compartida del mundo. Tales elementos hacen diversa y, por tanto, diferente de las demás a una población. Se forman y sedimentan a lo largo del tiempo. Ciertamente, la humanidad ha registrado el esplendor y la caída de innumerables culturas de cuyos fragmentos se han formado otras nuevas que cumplen a su vez este incesante ciclo. Por ello, conviene siempre recordar que América Latina ha sido escenario de numerosos mestizajes étnicos y espirituales. La revisión de su pasado torna evidentes los rasgos de las diversas culturas arcaicas o clásicas, de la negritud, del encuentro con Occidente y sus profundas consecuencias, y de otras tantas ideas traídas con las luchas de independencia.

Si reflexionamos sobre el territorio de nuestra América a la llegada de los europeos, debemos representarlo como una multitud de culturas que, por otra parte, revestían una sorprendente homogeneidad en sus rasgos más característicos. Esta homogeneidad es muestra de que la singularidad prístina de cada una había sido sustituida por formas religiosas y políticas arquetípicas, es decir, superadas por una organización más evolucionada. Una tarea de síntesis de siglos que había culminado en un modelo común. Desde este panóptico, Mesoamérica era un área histórica uniforme determinada por la presencia de

ciertos elementos similares a todas las culturas: el maíz, el calendario ritual, los sacrificios humanos, el juego de pelota y parecidos mitos que, sin embargo, no niegan la originalidad de cada pueblo, dueño de especificidades y rasgos propios.

Después, a pesar de la disparidad de elementos que podemos notar en la conquista, se refleja la naturaleza del reino español: una creación artificial, una monarquía que nace de la violencia impuesta por los reyes católicos a la diversidad de pueblos sometidos a su dominio, es decir una voluntad de Estado ajena a los elementos que la componen. Es un hecho histórico destinado a crear una entidad política –injusta y clasista– de la pluralidad étnica precolombina, pero también del mestizaje africano y asiático. Muchos de los países de hispanoamérica nacieron en el siglo XVI sobre la negación de esa variedad de rasgos, lenguas, organizaciones y tendencias, y se impone así un solo idioma, una sola religión y un solo señor.

¿Qué es entonces lo particular y distintivo de nuestras sociedades emergentes? ¿Qué es lo residual de estos crisoles que habrán de darle personalidad definida a las comunidades? ¿Hasta dónde es posible acelerar los signos de originalidad que vendrán con el tiempo? ¿Hasta dónde es legítimo clausurar un proceso de apertura social a nuevos elementos, en aras de la originalidad anticipada? ¿Dónde, en suma, radica la utopía?

La nación –decía Ortega y Gasset– antes de conocer un pasado común tuvo que crear esa comunidad, y antes de crearla tuvo que soñarla, que quererla, que proyectarla. Pero para afianzar, repetir, comparar, transmitir esos sentimientos, como las posesiones mismas de la mente, es menester reducir la distancia entre la llamada cultura de los expertos y la de la gran sociedad. Por otra parte, para todos los pueblos es inevitable aceptar influencias, rasgos, interacciones de culturas emergentes pues hay valores de orden universal. Las nuevas generaciones viven no sólo los de carácter histórico y la vitalidad de la tradición, sino también los generados en otras partes del planeta. Quizá la universalidad de la creación artística sea lo que mejor se aviene con el “espí-

ritu del tiempo” y nos instala –cada vez más– como ciudadanos del mundo.

Una nueva generación de pensadores en los países en desarrollo, como Kande Mutsaku, renueva la discusión sobre la validez de los conceptos heredados de los países opulentos. Pero, si parece necesario cobrar distancia de las consideraciones cuantitativas relacionadas con el crecimiento, también lo es ponderar los reproches del “victimismo” histórico que nos impone la carga de los siglos como argumento para reaccionar a estímulos del presente. Desde esa perspectiva sólo conseguiremos atrapar la energía social entre el rencor y la incapacidad para relacionarnos con nuestros victimarios, aun del pasado remotísimo, prolongando nuestra miseria. La injusticia y el intercambio desigual, difícilmente pueden ser combatidos mediante esquemas cerrados o autárquicos en una realidad que no admite voluntarismos respecto de las variables económicas. Precisamente, porque ha sido insatisfactorio el proceso de distribución de los beneficios e inducido el rezago tecnológico, las brechas deben cerrarse desde la perspectiva global. Por otra parte, declaraciones como las esgrimidas en alguna época por Léopold Sédar Senghor, quien proclamaba la superioridad espiritual del Sur sobre el Norte, tampoco parecen llevarnos a ningún puerto. Para ello, es necesario evocar la envolvente prosa de Joseph Conrad, quien siempre está ahí para recordarnos en *El corazón de las tinieblas*, que la maldad no tiene color.

Modernidad y tradición

Nunca como ahora, conocer y reconocernos en la obra de todos los hombres ha sido tan importante. Nunca, también, diálogo e intercambio se han hecho tan necesarios para darnos razón de la vida. Los acontecimientos de los últimos lustros revelan una transformación radical del orbe; son la imagen de un tiempo nuevo, que dice liberarnos de imposiciones y dogmas, en el que señorea la imaginación y la libertad. Cada cultura en el sentido más amplio representa una visión del mundo, transformarla conlleva, necesariamente, la modificación de su entorno.

La sociedad civil ha desbordado ya los antiguos esquemas que perfilaban las culturas nacionales, pues los valores y actitudes del industrialismo irrumpieron en nuestras colectividades sin haberse consolidado aún un proyecto adecuado a las circunstancias históricas. Por otra parte, la revolución de los medios ha generado una dimensión propia en la cultura y ha modificado profundamente la relación del hombre con el mundo. Hoy, la existencia se ha construido sobre una idea de movilidad absoluta, de progreso infinito; con base en esa falsa utopía se piensa que todo tiempo futuro será mejor. Esto ha reavivado el debate y, en ocasiones, la frivolidad en torno del concepto mismo de modernidad.

El umbral del milenio continúa por la vía del mercado internacional y, a través de ese proceso, las diversas transformaciones se generalizan y con ellas los valores de la racionalidad instrumental, sus pautas, expectativas de consumo, modos de vida y formas de pensar que le son propias. La revolución de las comunicaciones nos hace, queriéndolo o no, testigos de un acontecer que frecuentemente nos es ajeno, y ha traído consigo prácticas que erosionan las culturas locales en favor de una universalidad y neutralidad aparentes. Por ello, debe tomarse distancia del paradigma de los países desarrollados y recuperar sus cuestionamientos como una señal de alerta para no homologarnos en nuestra industrialización tardía en favor de rasgos culturales dominantes, pero decadentes.

El concepto prevaleciente de modernidad empleado en Occidente está construido sobre una visión etnocéntrica, la cual se erige como único derrotero posible. Pero el surgimiento de la multipolaridad y la misma globalización, han hecho dudar de tal versión cuando sociedades tradicionales como los países asiáticos de la Cuenca del Pacífico han abordado exitosamente industrias de punta.

Por otra parte, los medios de comunicación electrónica, además de difusores resultan ser vehículos promotores. La sociedad tecnológica nos ofrece ya la posibilidad de encauzar nuestra reflexión con los mejores hombres y mu-

jeros del mundo, pero esgrimiendo un discurso intelectual original y evitando incorporar elementos externos ya superados. Ser modernos no significa instaurar una forma de vivir y de pensar absolutamente nueva, ello es negar y reprimir el pasado, confinar al folklore la identidad cultural, renunciar a la voluntad de autonomía.

Al mito polarizador de modernidad o tradición, hay que oponer la dinámica histórica. Las sociedades no tienen ni destino manifiesto ni vocaciones o defectos definidos de una vez por todas y para siempre. Los procesos culturales son los espacios donde se construye la identidad nacional. Así, legitimidad y cultura son cuestiones imbricadas porque expresan la relación de consenso o disenso entre los valores y fines de los grupos sociales y el Estado. Por eso, es indeseable cualquier proyecto de modernización cultural que no se apoye en una matriz cultural propia, autosustentado en su energía y productividad.

La modernidad no significa, en manera alguna, el rompimiento sino la asimilación crítica de la tradición. Ésta no es estática sino, más bien, presenta un marco de referencia transformable y

dúctil que es siempre posible poner al día sin una necesaria negación. La autodenigración, pero igualmente la reivindicación acrítica de todo lo nuestro, son síntomas de esclerosis de la creatividad, falsas creencias y dudosas esencialidades que resultan ser lugares comunes y coartadas para la repetición. Hay que erradicar estas petrificaciones, pues suelen formalizar prejuicios donde se aprisiona la energía creativa de los individuos.

Contrariamente a las tesis productivistas, debemos abandonar las razones preconcebidas, las atrasadas nociones fijas y provocar e impulsar cambios profundos; abrir espacios que permitan sintetizar los cambios tecnológicos y sociales, accediendo a la renovación cultural. Un proyecto latinoamericano o africano, ha de poner en circulación y someter a juicio las nuevas y viejas manifestaciones, generar, regenerar e incluso desacralizar expresiones para afirmar y renovar a la vez.

La tarea supone, políticamente, asumir las posibilidades de la transformación; un itinerario, un esfuerzo distributivo deliberado y una estrategia para integrar en lo auténticamente propio los verdaderos elementos de lo universal ■

Los palestinos y la paz en Medio Oriente

Gilles Kepel, *Crónica de una guerra de oriente*, Atalaya, Barcelona, 2002, 109, pp..

Alonso Ruiz Belmont ■

EL PRESENTE LIBRO, editado en su versión al castellano, constituye el recuento de un diario personal que el profesor Gilles Kepel redactó con motivo de un viaje realizado por la región del Medio Oriente un mes después de los atentados terroristas del 11 de septiembre. Kepel, es un importante académico francés y miembro del Instituto de Estudios Políticos de París; con base en su profundo conocimiento de la cultura musulmana, aprovechó la oportunidad de hacer un recorrido que le permitiese entender y divulgar la opinión pública de varios de los países árabes, en relación con los atentados de la red Al Qaeda y la política exterior estadounidense en la zona.

Kepel pudo constatar la relación contradictoria que la mayor parte de estos países mantienen con Estados

Unidos, la cual oscila entre al admiración y el resentimiento. En cada una de las naciones visitadas, la población expresó su rechazo tajante a los actos terroristas en Estados Unidos pero, desde hace décadas, la política exterior de EU también despierta en ellos recelos e indignación. Casi todas las personas entrevistadas sabían que los bombardeos sobre Afganistán dirigidos contra las milicias talibanes, habían cobrado indirectamente más de tres mil bajas entre los civiles. De igual modo, sabían también que el embargo económico sobre Irak solamente dañó más a la población indefensa y fortaleció día a día la posición de Hussein en los meses previos a la invasión estadounidense y británica.

Sin embargo, la influencia cultural de Occidente en la región es ya un hecho indiscutible, y se manifiesta princi-